

detener uno de los miedos que empezaron a movilizar a diversos sectores de la comunidad internacional? Estas son sólo algunas de las inquietudes que despierta un libro que sin duda es una aportación que obliga no sólo a la lectura de sus páginas, sino que abre caminos a otros problemas que deben ser observados con otras preguntas.

La autora decidió hacer un relato de los retos que implicó la declaración de cuatro parques nacionales, de un universo de 40: Lagunas de Zempoala, Popocatepetl-Iztaccíhuatl, la Malinche y el Tepozteco. Cada uno tiene sus particularidades y representó conflictos de distinta índole. En términos generales, nos permite plantear la diferencia tan profunda en la manera en que se impactó a las comunidades con las disposiciones de orden federal. Las implicaciones de cómo se ejerce el poder y los cambios que supone en las costumbres, el uso del suelo, la transformación de actividades, y la difícil relación entre la producción y la conservación.

Revolutionary Parks es una aportación que obliga a proponer muchas otras preguntas y plantea la enorme tarea que la historiografía mexicana tiene ante sí.

Marco Antonio Samaniego López
Universidad Autónoma de Baja California

MOISÉS GONZÁLEZ NAVARRO, *Miguel Hidalgo/ La novela de la Revolución*, Guadalajara, Secretaría de Cultura del Gobierno de Jalisco, 2010, 139 pp. ISBN 978-607-9016-31-9

Las conmemoraciones del centenario del inicio de la guerra que llevó a la independencia (1910) y del bicentenario (2010) fueron distintas desde cualquier punto de vista. Las primeras tuvieron

mayor brillo y Porfirio Díaz aprovechó la ocasión para legitimarse y proyectar a México ante el mundo como un país ordenado, moderno y democrático, como resultado de su política de “orden y progreso”. En la capital del país, como en las de las entidades federativas, se organizaron distintas actividades para saldar una deuda (homenaje nacional) que se tenía pendiente con los padres de la patria. Otra manera de cumplir con este compromiso fue instalar monumentos a Hidalgo, iniciador de la rebelión, en las ciudades y pueblos principales. Los historiadores del porfiriato, contagiados de ese entusiasmo patriótico, reforzaron la historiografía romántico-nacionalista decimonónica al exaltar todavía más los hechos principales y los atributos personales de los caudillos, principalmente de Hidalgo. Lo que se escribió hace cien años fueron obras panegíricas cuyo propósito fue encumbrar hasta lo más alto a quienes iniciaron la insurgencia para mostrar de este modo el agradecimiento de la nación que libertó el cura de Dolores.

En cambio, las fiestas del bicentenario fueron opacas y desorganizadas, y no tuvieron mayor resonancia mundial, quizá porque no teníamos nada que exhibir a la comunidad internacional. Sin embargo, desde el punto de vista académico, debemos admitirlo, esta conmemoración fue mejor porque fue aprovechada por los historiadores mexicanos y extranjeros interesados en el estudio de esta guerra para organizar con antelación reuniones académicas con el propósito de volver a analizar la insurgencia y replantear muchas cuestiones dudosas. El resultado fue positivo porque se publicó buena cantidad de libros y artículos en los que se llegó a una nueva interpretación, despojada de mitos y prejuicios ideológicos. Se trata de trabajos críticos, desmitificadores, reflexivos y enriquecedores por los nuevos conocimientos que aportaron, gracias a la consulta de nuevas fuentes documentales. Por eso, en este sentido el bicentenario fue mejor que el centenario. Lo que se publicó hasta 2010 fueron estudios fragmentarios

que analizaron temas específicos como el papel que desempeñaron el clero, los indios, las mujeres, Hidalgo, Morelos, etc., o regiones como el norte, el sur o el occidente. A mi juicio faltó una obra general que explicara la guerra de principio a fin, a la luz de los nuevos avances que ha tenido la historia, tal y como lo hicieron en su oportunidad los franceses cuando conmemoraron el bicentenario de la revolución francesa en 1989. Esta tarea no era individual, requería y requiere de la participación de varios especialistas en ese periodo.

Por consiguiente, la abundante historiografía que se produjo sobre la guerra de independencia en ocasión del bicentenario no abarcó todo el periodo, es decir, de 1810 a 1821; la etapa privilegiada siguió siendo la de Hidalgo. Muchos colegas volvieron a ocuparse de él. Aunque su figura y la insurrección que de nuevo encabezó fueron sometidas a un análisis riguroso, prevalece el desacuerdo entre los historiadores en cuanto a los propósitos reales de esta rebelión, o sea, si buscaba desde el principio la independencia absoluta, tal y como hoy la entendemos. Entre las numerosas obras que se publicaron pueden mencionarse, por ejemplo, la que coordinaron Marta Terán y Norma Páez, *Miguel Hidalgo: ensayos sobre el mito y el hombre (1953-2003)*; la de Eric Van Young, *La otra rebelión*, y la de Carlos Herrejón, *Hidalgo. Maestro, párroco e insurgente*, que por sus pretensiones académicas nos recuerdan a la de Luis Castillo Ledón. A diferencia de las de antes, en estas obras Hidalgo es abordado como hombre y no como el símbolo que construyó la vieja historiografía.

José María Morelos, dicho sea de paso, requiere también de un análisis detallado de su pensamiento y de los documentos que publicó, tal y como se ha hecho con Hidalgo, porque hasta el momento predominan los estudios panegíricos en los que aparece como un caudillo revolucionario, lo cual no deja de plantear ciertas dudas.

Moisés González Navarro, ampliamente conocido en la academia mexicana, también se ocupó del cura de Dolores en ocasión del bicentenario y nos ofrece sus últimas reflexiones en su libro *Miguel Hidalgo/La novela de la Revolución*, publicado en su tierra, Guadalajara, a finales del año pasado. En este volumen de 139 páginas nuestro autor conjuntó varios ensayos y dos entrevistas referentes a la independencia, y otro sobre la narrativa del levantamiento de 1910 que había preparado con anterioridad.

En la primera parte del libro, en la que se funden seis artículos que escribió hace algunos años, analiza una de las múltiples aristas de la figura del iniciador de la rebelión de 1810 con el propósito de escudriñar su pensamiento para comprender sus acciones, teniendo cuidado de no caer en los juicios de valor y en apreciaciones nacionalistas exageradas. González Navarro no sentó a Hidalgo en el banquillo de los acusados con ánimo de juzgarlo o justificarlo, como lo siguen haciendo los historiadores líricos, sin formación histórica, en los libros que publicaron en el año del bicentenario, los cuales siguen confundiendo a los lectores.

González Navarro confrontó a los historiadores clásicos del siglo XIX (Mora, Alamán, Bustamante, Zavala) con los documentos escritos por Hidalgo y Abad y Queipo para encontrar las diferencias y similitudes del pensamiento de ambos personajes en cuanto al sentido o la visión que cada uno de ellos tuvo sobre su entorno social, como tratando de responder quién fue más revolucionario. Nuestro autor reconoce que el obispo electo de Michoacán fue más agudo en sus apreciaciones sobre los males sociales que aquejaban al virreinato. Además, advierte dos diferencias entre los proyectos de ambas figuras. Al respecto señala que mientras “Abad y Queipo defendía una política desamortizadora de las comunidades, Hidalgo propugnó, en este punto, [por] el mantenimiento de la tradición; además, Abad y Queipo pensó en permitir al pueblo el cultivo de las tierras incultas de los latifundios”. Al tomar en cuenta otras cuestiones, agrega que

los planes del prelado eran más maduros que los de Hidalgo. Para entender las ideas y la conducta que asumieron los actores principales de esta revolución y los de la contrarrevolución hay que recordar que fueron hombres de transición, porque vivieron y actuaron en una época en que el imaginario fue moldeado tanto por la vieja como por la nueva cultura política. Por eso en algunos momentos aparecen como hombres modernos y en otros como defensores de la tradición.

Sobre la política agraria que algunos autores atribuyen al cura de Dolores, González Navarro aclara, y con razón, que en ningún documento ofreció repartir la propiedad entre los indios. Tal supuesto o aseveración fue obra de historiadores oficiales o tradicionalistas que se han empeñado en ver en Hidalgo a un personaje justiciero, humanitario y revolucionario en todos sentidos. Para aclarar este punto recoge una cita de Luis Chávez Orozco, quien sostuvo que el cura de Dolores luchó primordialmente por los intereses de los criollos.

En cuanto a la segunda parte del libro, *La novela de la Revolución*, encuentro interesante y de mucha utilidad para los estudiantes de historia la descripción que proporciona el autor acerca de la realidad social del porfiriato, tomando como base las novelas clásicas sobre la lucha armada de 1910. Tiene mucha razón cuando afirma que cada movimiento social genera su propia literatura y que por medio de la novela pueden ser estudiados, porque “la historia de las novelas de la Revolución es la historia de la Revolución”.

González Navarro analiza a los clásicos de la novela de la Revolución: Mariano Azuela, Agustín Yáñez, Gregorio López y Fuentes, Rubén Romero, Martín Luis Guzmán, José López Portillo y Heriberto Frías, entre los más importantes, quienes en sus obras recrearon la vida rural y urbana del último cuarto del siglo XIX, mencionaron las causas que originaron la Revolución y relataron algunas escenas de este movimiento armado. Sin duda, estas novelas son de gran utilidad para el historiador.

Para los estudiantes de historia y de letras de cualquier nivel, al igual que para los lectores interesados en el conocimiento del pasado de México, el libro de González Navarro resulta muy útil porque con una prosa sencilla los acerca a dos temas fascinantes, complejos y claves de la historia mexicana.

Jaime Olveda
El Colegio de Jalisco

PABLO YANKELEVICH, *¿Deseables o inconvenientes? Las fronteras de la extranjería en el México posrevolucionario*, México, Bonilla Artigas Editores, Escuela Nacional de Antropología e Historia, Veuvert Iberoamericana, 2011, 203 pp. ISBN 9786077588 375

En este libro, Pablo Yankelevich integra y desarrolla una serie de temas que ha venido trabajando en los últimos años para pintar un panorama sintético, amplio y complejo de la construcción de la extranjería en el México posrevolucionario, desde los antecedentes porfirianos hasta fines del gobierno de Lázaro Cárdenas. El estudio tiene dos vertientes: analiza, por un lado, la formulación, a través de disposiciones constitucionales y legislativas, de la categoría jurídica de extranjero, dotada de menores derechos y sujeta a mayor vigilancia que el ciudadano mexicano, así como la constitución, por medio de las leyes migratorias, de un perfil particular para los inmigrantes, que se quería fueran pocos y “asimilables”. Por el otro lado, explora la gestación del artículo 33 constitucional como instrumento pronto, eficaz y arbitrario para extirpar del cuerpo político a aquellos extranjeros considerados perniciosos, y estudia su aplicación en los casos de las nacionalidades que se vieron más afectadas por esta política. El trabajo se finca en investigaciones llevadas a cabo en varios archivos y,